

esta arma resultase ser el niño, se produjo una grande agitación y viva alarma, que la sagacidad de Boxer aumentó, porque el buen perro, que tenía mejor memoria que su amo, había vigilado por lo visto, al señor viejo, durante su sueño, por miedo a que se escapase con algunas plantas tiernas de álamo atadas en la trasera del coche, y le acosaba de muy cerca, mordiéndole atrevidamente las piernas y dando una batalla a los botones de sus polainas.

—¡A fe que duerme usted bien, caballero!—dijo John tan pronto como se hubo restablecido la calma (entretanto el señor viejo permanecía de pie en medio del cuarto, inmóvil y con la cabeza descubierta.)—¡Duerme usted tan bien, que casi me vienen ganas de preguntarle dónde están los otros seis, si no fuera porque es una broma que temo estropear! Y, sin embargo, he dejado de hacerla—murmuró con una carcajada.—¡Ah! ¡sí! ¡en verdad que he dejado de hacerla!

El forastero, que tenía cabellos blancos y largos, facciones bellas, muy arrogantes y expresivas para un anciano, ojos negros, escrutadores y brillantes miró a todo su alrededor sonriendo y saludó con una inclinación de cabeza a la mujer del trajinero.

Llevaba un traje pardo sumamente

original por su corte y su sello antiguos. En la mano tenía un palo grueso, pardo también, para hacer juego. Así que hubo pegado en el suelo, abrióse el palo y se convirtió en silla, en la cual tomó asiento con la mayor calma, el forastero.

—¡Miral—dijo el jardinero, volviéndose a su mujer.—De esa manera le he encontrado, sentado al borde del camino, inmóvil como una estatua y casi tan sordo como ella.

—¿Sentado al aire libre, John?

—Al aire libre—respondió el trajinero;—precisamente a la caída de la tarde. «Asiento pagado,» me dijo, dándome diez y ocho peniques; subió luego, y aquí está...

—Supongo que se marchará ahora.

Nada de eso. Lo que iba es a hablar.

—Dispénsenme—dijo amablemente el forastero:—Me han expedido a la lista de correos; esperaré, pues, aquí, que vengan a buscarme. No se cuiden ustedes de mí.

Y dicho esto, sacó de uno de sus grandes bolsillos unas gafas y del otro un libro, y empezó a leer tranquilamente, preocupándose tanto de Boxer como pudiera preocuparse de un cordero familiar.

El trajinero y su mujer cruzaron una mirada de turbación. El forastero



levantó la cabeza, y pasando de la mujer al marido, preguntó a éste:

—¿Es hija suya, amigo?

—Es mi mujer—respondió John.

—¿Su sobrina?—interrogó el viajero.

—¡Mi mujer!—gritó John a voz en cuello.

—¿De veras?—dijo el otro.—¡Ah! ¡Es muy joven!

Tras esto hojeó de nuevo el libro y prosiguió la lectura. Pero antes de haber podido leer dos líneas, interrumpióse de nuevo, para decir:

—¿Y el niño es de ustedes?...

John hizo con la cabeza una seña tan gigantesca como si quisiera trompetear la respuesta con una bocina.

—¿Es niña?

—¡Ni-i-i-ño!—gritó John.

—¿Muy pequeño también, eh?

Al momento mezclóse en la conversación la señora de Peerybingle.

—¡Dos meses y tres días! ¡Le han vacunado hace tres semanas justas! ¡La vacuna ha prendido admirablemente! ¡El doctor le considera como un niño notablemente hermo-oso! ¡tan grande como otros de cinco me-eeses! ¡con una inteligencia sumamente maravillo-osa! ¿querrá usted creer que ya se tiene sobre sus pierna-as?

Al llegar aquí, la joven madre, sin aliento, por haber gritado sus cortas

frases al oído del señor viejo, hasta el punto de haberse tornado carmesí su lindo rostro, mantuvo al niño en pie ante el forastero, como indiscutible y triunfante prueba en pro de lo que acababa de decir; en tanto que Tilly Slowboy, con el armonioso grito de *¡Ketcher! ¡Ketcher!*, palabras misteriosas que sonaban al oído como un estornudo popular, empezó a cabriolar como un ternero en torno de la inocente criatura.

—¡Escucha! Vienen a buscarle, estoy seguro—dijo John.—Alguien hay en la puerta. Abra usted, Tilly.

Pero, antes de que la joven pudiera hacerlo, abrióse la puerta desde fuera; porque era una de esas puertas primitivas con picaporte, que cada cual podía abrir a su antojo, y muchas gentes satisfacían ese capricho, os lo aseguro; pues a todos los vecinos gustaba venir a hablar una o dos palabras con el trajinero, aunque éste no fuera muy hablador. La puerta abierta dió entrada a un hombrecillo delgado, preocupado, de rostro curtido, que parecía haberse fabricado un abrigo con arpillera que hubiese servido para embalar algún cajón; porque, cuando se volvió para cerrar la puerta, a fin de que no penetrase frío, enseñó escritas por detrás, en la vuelta de esa prenda, las iniciales G y T, es-



critas en mayúsculas negras, y la palabra *frágil*, con todas sus letras.

—¡Hola, John!—dijo el hombrecillo.— Buenas noches, señora. Buenas noches, Tilly. Buenas noches, desconocido. ¿Cómo sigue el niño, señora? ¿Está bien Boxer, supongo?

—Todos se encuentran admirablemente, Caleb—respondió Dot.— Para convencerse, le basta a usted mirar primero a ese angelito.

—O mirar a usted misma—dijo Caleb.

Sin embargo, no la miró; pues sus ojos errantes y preocupados parecían estar siempre en otra parte, lo mismo que su voz, que tampoco estaba nunca en lo que decía.

—O también a John—añadió Caleb; o a Tilly, o al mismo Boxer.

—¿Está usted muy ocupado ahora, Caleb?—preguntó el trajinero.

—Sí, John, bastante—contestó el otro tan distraído como quien estuviera buscando la piedra filosofal, cuando menos.—No va mal así. Corren tras las arcas de Noé. Yo hubiera deseado perfeccionar la familia; pero no sé como hacerlo, dándola a ese precio. Sin embargo, sería para mí una verdadera satisfacción distinguir de modo más claro a Sem de Cam y a las mujeres de los maridos. Tampoco las moscas están bien proporcionadas, si se las compara con

los elefantes, ya ve usted. Y a propósito, John, ¿tiene usted algún bulto para mí?

El trajinero echó mano a uno de los bolsillos de la hopalanda que se había quitado y sacó de él una maceta, cuidadosamente envuelta en papel y musgo.

—¡Esto!—dijo, arreglándola con el mayor esmero:—no hay la menor hoja dañada. ¡Es un manojo de capullos!

La tierna mirada de Caleb se iluminó al coger el arbusto, y dió gracias a su amigo.

—Esto es caro, Caleb—dijo el último;—carísimo en la actual estación.

—¡No importa! Siempre me parecerá barato, sea cual fuere el precio—respondió el hombre bajito.—¿Hay algo más, John?

—Una cajita—contestó el trajinero.— ¡Aquí está!

—Para Caleb Plummer—dijo el hombrecillo delectando la dirección.—*Cien francos*. ¡Cien francos! No creo que esto sea para mí, John.

—*Sin gastos*—replicó el trajinero, mirando por encima del hombro del otro.—¿Dónde veía usted cien francos?

—¡Oh! ¡Verdad es!—dijo Caleb.—Eso es, sin gastos; sí, sí, esa es mi dirección, No quiere esto decir que no hubiera podido haber también cien francos, John, si viviese aún mi pobre hijo que se fué a California. Usted le quería como a un



hijo ¿no es cierto? No necesita decirme lo, que ya lo sé, ya lo sé. «¡Para Caleb Plummer! sin gastos.» Sí, sí, eso mismo es; una caja de ojos de muñeca para el trabajo de mi hija. Quisiera yo que en el fondo de esa caja estuvieran también sus ojos, John.

—Yo también, Caleb, lo desearía de todo corazón, como usted.

—Gracias — dijo el hombrecillo. — Su lenguaje sale del corazón. ¡Pensar que nunca podrá ella! ver esas muñecas que pasan todo el día con los ojos fijos en ella! ¿No es esto desgarrador? ¿Qué le debo por su trabajo, John?

—Voy a disgustarle, si me repite esa pregunta — dijo John. — ¡Dot! Poco ha faltado para que yo...

—Eso es muy suyo. En ello se ve su acostumbrada bondad. ¡Vamos a ver! Creo que ya está todo.

—No lo creo yo así—repuso el trajinero:—busque usted bien.

—Alguna cosa para nuestro patrón ¿eh?—dijo Caleb, después de reflexionar un instante. — Tiene usted razón; por eso he venido; ¡pero mi cabeza divaga de tal modo por esas arcas de Noé y por lo demás!... ¿Dice usted que no ha venido él aquí?

—¡Él! — exclamó el trajinero:—claro que no; está demasiado ocupado cortajando.

—No obstante, debe venir—dijo Caleb,—porque me ha recomendado que tomase el camino que conduce a nuestra casa, diciendo que se podría apostar diez contra uno a que yo le encontraría. A propósito, haría mejor en irme... pero antes, ¿no me dejaría usted, señora, pellizcar un segundo el rabo a Boxer?... ¿Me lo permite usted?...

—¡Qué! ¡Vaya una pregunta extraña, Caleb!

—Dispéñeme, señora—dijo el hombrecillo;—no haga usted caso; porque tal vez no fuera esto de su agrado. Vea usted, acaban de hacerme un pedido bastante importante de perros ladrando y quisiera imitar a la naturaleza, tanto como pueda imitarse por sesenta céntimos. Eso es todo, señora; no pensemos más en ello.

Por fortuna, sucedió que Boxer, sin necesidad de aplicarle el estimulante propuesto, empezó a ladrar con excepcional ardor. Pero como ese ladrido anunciaba la llegada de la nueva visita, Caleb, aplazando para ocasión más propicia su estudio del natural, cargóse al hombro la caja redonda y se despidió a toda prisa. Hubiera podido ahorrarse semejante agitación, porque encontró al recién llegado, antes de franquear la puerta.

—¡Oh! ¡oh! ¿Aun está usted aquí? Pues



bien, aguarde un poco, y le llevaré a su casa. ¡Servidor de usted, John Peerybingle! ¡y sobre todo, servidor de todo corazón, de su linda mujer! ¡Cada día más bonita! ¡y también más buena, si puede ser! Y más joven—murmuró en voz baja.—¡Ese es el diablo!

—Mucho me extrañaría verle hacer tantos cumplidos, señor Táckleton—dijo de bastante mala gana Dot,—si no nos diera una explicación de ello su nueva posición.

—¿Luego lo sabe usted todo?

—He hecho todo lo posible para creerlo—dijo Dot.

—Y no lo ha conseguido sin dificultad, por lo que veo.

—Tiene usted razón.

Táckleton, el vendedor de juguetes, conocido generalmente por el nombre de Gruff y Táckleton (esa era la razón social, aunque hacía ya mucho tiempo que había muerto Gruff, dejando a su socio su nombre y, según mucha gente, el mal humor que le caracterizaba); Táckleton era un hombre cuya vocación fué completamente desconocida de sus padres y de su tutor. Si le hubieran hecho prestamista, procurador avaricioso, escribano o corredor, hubiese podido hacer locuras en su juventud y, después de agotar toda la malignidad de su índole en los desagradables debe-

res de su estado, hubiera podido volverse amable, aunque sólo fuese por el atractivo de la novedad. Pero, reducido a calentarse la bilis permaneciendo sujeto a sus ocupaciones de comerciante en juguetes, era un verdadero ogro doméstico, que vivía toda su vida a expensas de la bolsa de los niños, sin dejar de ser su enemigo implacable. Despreciaba todos los juguetes; por nada del mundo hubiera comprado ni uno. Con su malicia, hallaba singular placer en poner rostros con expresión feroz a los cortijeros de cartón que conducían los cerdos al mercado; a los prisioneros públicos que anunciaban una modesta recompensa a quien hallase una conciencia de abogado perdida; a las viejas señoras mecánicas que zurcían medias o cortaban pasteles, así como a los demás personajes que se hallaban de venta en su tienda. Experimentaba verdadera dicha ideando máscaras horribles, diablejos con sorpresa, repugnantes, crespos, con ojos encarnados, cometas vampiros, titiriteros endemoniados que no pueden tenerse caídos, sino que se levantan siempre para correr tras los niños, muertos de miedo. Ese era su único consuelo y, por decirlo así, la válvula de seguridad por donde se escapaba su mala índole. Tenía verdadero talento para



esa clase de inventos; y la idea de cualquier pesadilla nueva, causábale una alegría indecible. Hasta había perdido dinero (que era el único juguete al que tenía verdadero cariño) por procurarse asuntos infernales de linterna mágica, en los cuales las potencias de las tinieblas estaban representadas en forma de crustáceos sobrenaturales con caras humanas; también había comprometido un capitalito en exagerar la horrible estatura de sus gigantes, y aunque él no fuese pintor, podía, con un trozo de yeso, indicar a los artistas por él empleados, ciertas miradas furtivas destinadas a modificar de manera tan extraña las fisonomías de aquellos monstruos que, después de esto, el verlos era capaz de sembrar el espanto en el alma de todos los *gentlemen* de seis a once años, durante todas las vacaciones de Navidad o de Pascuas.

Como es natural, para todo era lo mismo que para los juguetes. Por consiguiente, fácilmente podréis suponer que su gran levita verde, abrochada hasta la barba, y que le bajaba hasta las pantorrillas, envolvía a un individuo todo lo desagradable posible; figuraos el personaje más distinguido y agradable, calzado con un par de botazas vuel-tas, de color de caoba.

¡Y no obstante, Táckleton, el vende-

dor de juguetes, iba a casarse! Sí, a pesar de todo eso iba a casarse, y además, con una mujer joven, joven y bella. No tenía mucho aspecto de novio al entrar en la cocina del trajinero, con su cara seca y fría, como una cuerda de pozo, el talle en forma de sacacorchos, el sombrero echado hacia delante, sobre la punta de la nariz, las manos hundidas hasta el fondo de los bolsillos y toda su mala naturaleza formada de sarcasmo, asomando por un rinconcito de sus ojos pequeños, como la esencia concentrada de multitud de cuervos; y, sin embargo, ese hombre iba a casarse.

—Dentro de tres días—dijo;—el jueves que viene, último día del primer mes del año, será el día de mi boda.

¿He anotado que tenía un ojo desmesuradamente abierto siempre, y casi cerrado el otro? No creo haberlo dicho.

—¡Sí, es el día de mi boda!—repitió Táckleton, haciendo sonar el dinero en el bolsillo.

—¡Tate! También es ese día el aniversario de nuestra boda—exclamó el trajinero.

—¡Ahl! ¡Eso sí que es raro! Casualmente forman ustedes una pareja muy parecida a la nuestra—añadió Táckleton.—Allá se van las dos.

No podría pintarse la indignación de Dot, al oír tan presuntuoso aserto. No



faltaba sino que su imaginación temeraria llegase a ambicionar la posibilidad de tener otro niño igual también a su querido retoño. Aquel hombre estaba realmente loco.

—¡Ah, caramba! ¡Si tengo que decirle algo!—murmuró Táckleton, empujando con el codo al trajinero y llevándolo aparte.—¿Vendrán ustedes a la boda? Nos hallamos en el mismo caso, ya ve usted.

—¡En el mismo caso! ¿Cómo es eso?—preguntó John.

—Una pequeña diferencia de edad entre cónyuges, ya lo sabe—dijo Táckleton, dándole otro codazo.—¡Ea! ¡Vengan antes a pasar la noche con nosotros!

—¿Para qué?—preguntó John, extrañado de tan diligente hospitalidad.

—¿Para qué?—repitió el otro.—¡Vaya un modo de recibir las invitaciones! ¿Para qué?... Pues para tener el gusto de verles, por lo amable de la compañía y demás...

—Nunca he visto a usted tan sociable—dijo John con su franqueza y sencillez habituales.

—¡Vamos! ¡Vamos! Veo que de nada sirve andarse en rodeos con usted—dijo Táckleton.—Es preferible ir derecho al objeto. ¡Pues bien! La cosa es que usted y su mujer... cuando están juntos... tie-

nen... eso que la gente de mundo llaman aspecto de estar bien avenidos... Nosotros ya sabemos lo que pensar de esto; pero...

—¿Cómo? ¿qué es eso de que sabemos lo que pensar?—interrumpió John.—¿Qué quiere usted decir?

—¡Nada! ¡nada! No sabemos lo que pensar, como usted quiera—replicó Táckleton.—No disputaremos por eso. Como usted guste; además, ¿qué importa? Quería decir que como tienen ustedes esa apariencia de satisfacción, su compañía producirá favorable efecto a la futura señora de Táckleton. Y aunque no creo que su amable esposa esté muy dispuesta a favorecerme en este asunto, no podrá menos de entrar en mis planes, pues tiene tal semblante de felicidad y alegría esparcidas en torno suyo, que siempre produce buen efecto, sea cual fuere el fondo de las cosas... Cuento con que vendrán ustedes, ¿eh?

—Nos hemos arreglado para celebrar en casa (en lo que podamos), el aniversario de nuestra boda—dijo John.—Es una promesa que nos hemos hecho a nosotros mismos hará unos seis meses. Creemos que nuestro hogar...

—¡Bah! ¿qué viene a ser su hogar?—exclamó Táckleton.—¡Cuatro paredes y un techo!... ¡Hombre! pero ¿por qué no mata usted ese grillo?... Si estuviera yo



en su lugar, hace tiempo que lo hubiese hecho. No dejo ni uno vivo... Detesto su ruido). ¡También hay en mi casa cuatro paredes y un techo! ¿Así es que vendrán ustedes a verme?

—¿Conque mata usted sus grillos, eh?

—Los aplasto, señor mío—dijo el otro, dejando caer pesadamente el tacón contra el suelo.—Vamos, prométame que vendrán... Tanto le interesa a usted como a mí; ya sabe que conviene que nuestras mujeres se persuadan mutuamente de que están contentas y son felices, y que no podrían serlo más en otra parte... Conozco a las mujeres. Lo que dice una de ellas, siempre está la otra dispuesta a sostenerlo. Hay entre ellas tal espíritu de emulación, que, si su esposa dice a la mía: «Soy la mujer más feliz del mundo, y mi marido es el mejor de los maridos... y yo le adoro...» mi mujer dirá lo mismo a la suya, o hasta puede ser que extreme más la cosa, y casi acabará por creerlo.

—¿Quiere usted decir, pues, que ella no...?

—¿Que ella no...?—exclamó Táckleton con risa breve y aguda.—¿Que ella no... no qué?

John tuvo ganas de añadir: «No le adora». Pero como viese el ojo medio cerrado de Táckleton en el momento en que le detenía en él, parpadeando por

cima del cuello levantado de la levita, cuya punta parecía próxima a vaciárselo, comprendió que en toda la persona de tan singular ente, había tan poca cosa digna de adoración, que substituyó aquella frase por otra, diciendo: «No lo creerá de ningún modo.»

—¡Ah!—exclamó Táckleton.—¡Usted bromea, taimado compadrel!

Pero John, aunque tardo para comprender todo el alcance de lo que había tenido intención de decir, le miró con tanta gravedad, que Táckleton se vió obligado a explicarse más categóricamente.

—Se me ha antojado—dijo, levantando la mano izquierda y golpeándose ligeramente el índice, como diciendo: «¡Aquí estoy yo, Táckleton!»—Se me ha antojado casarme con una mujer joven y bella—golpeóse en el dedo meñique; éste designaba a la futura; por esto, al golpear en él, no anduvo en miramientos: le hizo sentir al amo.—Me encuentro en condiciones de satisfacer ese antojo, y lo satisfago; ese es mi capricho. Pero... ahora, mire usted ahí...

Con el dedo señalaba a Dot, pensativa y soñadora, sentada ante el fuego, apoyando en la mano la barba adornada con un gracioso hoyuelo y contemplando la llama brillante. El trajinero la miró, luego miró a Táckleton, después



de nuevo a ella y a él otra vez, sin comprender nada.

—Ella le honra a usted y le obedece, sin duda alguna—prosiguió Táckleton; —y eso es todo cuanto yo pido, pues no soy sentimental... Pero ¿cree usted que haya algo más?

—Creo que yo arrojaría por la ventana a todo hombre que dijera lo contrario.

—Eso es, precisamente—añadió el otro con extraordinaria celeridad de adhesión.—Sí, indudablemente, eso es positivo, lo haría usted como lo dice. Estoy convencido de ello. Buenas noches, buenas noches; que tenga sueños agradables.

Turbóse el bueno de John y contra su voluntad, sintió un malestar mezclado de incertidumbre. Y no pudo menos de dejarlo traslucir a su modo.

—Buenas noches, caro amigo—dijo Táckleton, al parecer, compasivo.—En realidad, somos exactamente semejantes uno al otro, por lo que veo. ¿No quiere usted concedernos la velada de mañana? Pues bien; yo sé a dónde va usted de visita al día siguiente; allí le veré y llevaré a mi futura. Esto le hará bien. Es usted un hombre muy amable. ¡Gracias!

—Gracias... ¿Qué es eso?

Era un fuerte grito proferido por la

mujer del trajinero, grito agudo, grito repentino, que hizo resonar el cuarto como un vaso de cristal. Habíase levantado de su asiento y permanecía en pie, como petrificada en cierto modo por el terror y la sorpresa. El forastero se había acercado al fuego para calentarse y estaba a dos pasos de su silla, pero siempre tranquilo y silencioso.

—¡Dot!—exclamó el trajinero.—¡María! ¡tesoro mío! ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

En un momento, todos se hallaron junto a ella. Caleb, que empezaba a dormirse encima de la caja de la torta de bodas, despertó sobresaltado, y en la turbación del primer momento, asió por los cabellos a miss Slowboy; pero así que hubo recobrado sus sentidos, presentóle sus excusas.

—¡María!—exclamó John, sosteniendo en los brazos a su mujer.—¿Estás enferma? ¿Pero qué te ha pasado? ¡Háblame, querida mía!

La joven no respondió más que dando una palmada y profiriendo una ruidosa carcajada; luego, deslizándose de los brazos de John y cayendo al suelo, cubrióse el rostro con el delantal y prorrumpió en llanto. Después empezó otra vez a reír, volvió a llorar, dijo que hacía frío, dejó que el marido la llevase junto al fuego, en donde quedó sentada



como antes. El anciano forastero, continuaba en pie, tranquilo y en silencio.

—Estoy mejor, John—dijo Dot;—ya me encuentro bien del todo; yo...

Pero al hablar a John, miraba al otro lado. ¿Por qué volverse hacia el forastero anciano, como si hablase con él? ¿Perdía acaso la cabeza?

—Mera imaginación, John... una especie de encuentro súbito... algo así como si de pronto se irguiese ante mis ojos una aparición repentina... No sé apenas lo que era... Mas todo acabó... Se ha ido al momento.

—Mucho me alegro que se haya ido—musitó Táckleton, paseando su expresiva mirada a todo alrededor del cuarto. —Me gustaría saber adónde ha ido y qué era. ¡Hum! ¡Venga usted por aquí, Caleb! ¿Quién es ese hombre de cabellos grises?

—No lo sé, señor—respondió en voz baja Caleb.—En mi vida le he visto. Tiene la gran cara de cascanueces. Un modelo completamente nuevo: con una mandíbula corrediza que al abrirse cayerá sobre el chaleco, sería una delicia.

—No es lo bastante feo—replicó Táckleton.

—O bien para una caja de eslabón—dijo Caleb, sumido en profunda contemplación.— ¡Qué modelo! Destornillele

usted la cabeza, para colocar las cerrillas; vuélvale los talones hacia arriba, para la bujía; ¡mire! ¡mire! en esa actitud ¡qué linda fosforera para la chimenea de un elegante!

—No es ni la mitad de lo feo que fuera preciso—repuso Táckleton.—No se puede hacer nada de él. ¡Vamos! Cuidese de esa caja... ¿Está usted del todo bien ahora?

—¡Oh! ¡ya ha pasado! ¡ha pasado del todo—dijo la mujercita, apresurándose a despedirle con señas.— ¡Buenas noches! ¡buenas noches!

—Buenas noches, señora—dijo Táckleton.— ¡Adiós, John Peerybingle!... Tenga cuidado con el modo de llevar esa caja, Caleb. Si se le cae, le revienta! La noche está oscura como boca de lobo; hace peor tiempo que nunca... ¡Buenas noches!

Encaminóse de ese modo a la puerta, no sin antes echar por el cuarto una mirada escrutadora, seguido de Caleb, que llevaba a la cabeza la torta de boda.

Tan aturdido quedó el trajinero por el accidente de su mujercita, y tan ocupado estuvo calmándola y cuidándola, que había olvidado casi totalmente la presencia del forastero, hasta que al fin le vió allí, todavía de pie, y ahora ya no quedaba en la casa más extraño que él



—Ya ves que no es de los suyos—dijo John.—Tengo que darle a comprender que ya es hora de que se marche.

—Ruego a usted que me perdone, buen hombre—dijo el anciano acercándose a John,—y tanto más, cuanto que me temo que se halle indispueta su señora; pero como no ha venido la persona cuyos cuidados me son indispensables por mi enfermedad (al mismo tiempo, llevábase la mano a los oídos y movía la cabeza), me temo que haya habido algún error. El mal tiempo, que me ha hecho encontrar esta noche el agradable abrigo de su buen carruaje (¡ojalá nunca lo tenga yo peor!) es ahora más horroroso que nunca. ¿Querría usted tener la extremada bondad de darme cama en su casa, pagando lo que sea?

—Sí, sí—contestó Dot.—¡Sí, desde luego!

—¡Oh! ¡oh!—exclamó el trajinero, sorprendido por tan pronto consentimiento.—¡Bueno! ¡Bueno! No seré yo quien me oponga; sin embargo, no estoy muy seguro de que...

—¡Chito! ¡John!—dijo Dot, interrumpiéndole.

—¡Bah! ¡Es sordo como una tapia!

—Ya lo sé; pero... Sí, señor, desde luego. ¡Sí, desde luego! ¡Voy a hacerle la cama al momento, John!

En el instante en que salió precipitadamente para prepararlo todo, la turbación y la agitación que aparecían en toda su persona, tenían algo tan extraño, que el trajinero quedó confuso, siguiéndola con la mirada.

—¡Y esas mamaftas hacen las camas—gritó miss Slowbob al niño;—y sus cabellos tornáronse negros y rizados cuando se quitaron las gorras, y esto es lo que asustó a los queridos niñitos, sentados junto a los fuegos!

A causa de esa atracción inexplicable que las más insignificantes frivolidades ejercen frecuentemente en una imaginación presa de dudas confusas, el trajinero, al tiempo que se paseaba arriba y abajo por el cuarto, sorprendióse repitiendo mentalmente, varias veces, las absurdas palabras de Tilly. Las repitió tan a menudo, que las aprendió de memoria, y las recitaba como una lección, mientras miss Slowboy, después de restregar con la palma de la mano (según la práctica higiénica de las criadas) la cabecita calva del nene, todo el tiempo que lo creyó conveniente para su salud, le puso el gorrito, atándole las cintas bajo la barba.

—¡Y asusta a los queridos niñitos sentados junto a los fuegos!... ¿Pero qué es lo que ha asustado a Dot?... ¡Me gustaría saberlo!—murmuraba el



trajinero, prosiguiendo sus pasos por el cuarto.

Desterraba del corazón las pérfidas insinuaciones del vendedor de juguetes y, no obstante, éstas le infiltraban un sentimiento de malestar vago, indefinido; porque Táckleton era espíritu avisado y fino, en tanto que él se hacía la triste justicia de reconocer que no tenía muy claro el entendimiento; lo cual era causa de que una alusión indirecta o una reticencia le trastornase el juicio. Claro está que no tenía la menor intención de relacionar con las palabras de Táckleton la extraña conducta de su mujer; pero ambos temas de reflexión acudíanle al mismo tiempo a la mente, sin que pudiera conseguir separarlos.

Pronto estuvo preparada la cama: el forastero se retiró, rechazando todo refresco que no fuera una taza de té. Entonces Dot, completamente repuesta, según decía, arregló el gran sillón al lado de la chimenea para su marido, atracó la pipa, se la dió, y colocó al lado de él su taburete de siempre, junto al fuego.

Nunca dejaba de sentarse en ese taburete; debía de tener la idea de que era un taburete cariñoso, propio para hacer resaltar ante el marido los seductores encantos de la mujer.

Por otra parte, Dot era la mujer más hábil que pudiera encontrarse en las cuatro partes del mundo, para atracar una pipa. Nada más encantador que verle introducir en la tabaquera su dedo abultado, y luego soplar en la pipa, para limpiarle el tubo; una vez hecho esto afectaba creer que había realmente algo en el tubo, y soplaba una docena de veces, aplicábaselo al ojo como un telescopio, mirando el fondo con cara de enfado que sentaba muy bien a su linda carita. En cuanto al tabaco, nadie podía darle lecciones. Cuando cogía un pedazo de papel inflamado para encender la pipa, en tanto que el bueno del trajinero la tenía en la boca, sin quemarle nunca la nariz, aunque se acercase mucho a ella, aquello no era ya destreza, sino arte o más bien, genio.

¡El grillo y el perol recomenzaron su canto como para rendirle homenaje, y el fuego despidió de pronto haces de llamas brillantes, para alabarla a su manera! Y el diminuto segador del reloj, que proseguía su tarea, y cuyos progresos nadie notaba, tampoco era insensible a ello. Y el primero en agradecersele fué el bueno del trajinero, con la frente tersa y la faz contenta.

En tanto que fumaba su vieja pipa, con aspecto pensativo y grave; en tanto que el reloj holandés dejaba oír su inin-



terrumpido y monótono tic-tac; que el fuego llameaba alegremente en el hogar, y que el grillo redoblaba a grito pelado, este buen genio familiar del hogar (pues valía tanto como los dioses penates), evocó en la imaginación del afortunado John, en forma maravillosa, multitud de imágenes de su felicidad doméstica. Dots de todos tamaños y y edades empezaron a invadir el cuarto; Dots, niñas alegres que corrían ante él cogiendo flores por los campos; Dots modestas, que ora le rechazaban a medias, ora cedían, también a medias, a las súplicas llenas de ternura que su ruda imagen les dirigía; Dots recién casadas, que franqueaban el umbral de su morada, y, como buenas amas de casa, tomaban posesión de las llaves de los armarios; Dots jovencitas, convertidas en madres, servidas por Slowboyes ficticias, que llevaban niños a bautizar; Dots más maduras, si bien jóvenes aún y frescas, que vigilaban como matronas venerables a otras Dots, hijas suyas, que danzaban en bailes campes- tres; Dots gruesas y redonditas, rodeadas, asaltadas, como verdaderas abue- las, por bandas de niñitos rosados; Dots arrugadas, que se apoyaban en basto- nes y caminaban lentamente con paso incierto.

También vió pasar ante sus ojos, vie-

jos trajineros con viejos Boxers ciegos, echados a sus pies; nuevos coches, guia- dos por nuevos trajineros («Peerybingle hermanos» se leía en la baca); viejos trajinantes enfermos, cuidados por las más dulces manos; y tumbas de acarrea- dores muertos hacía tiempo, cubiertas de verdoso césped en el cementerio. Y en tanto que el grillo le hacía ver todas estas cosas, porque las veía clara- mente, aunque sus ojos permaneciesen fijos en la llama del hogar, el trajinero sentía el corazón feliz y satisfecho, y daba gracias con toda el alma a sus dioses domésticos, preocupándose de Gruff y Táckleton lo poco que podáis preocuparos vosotros mismos.

Pero ¿qué cara de joven era aquel rostro de hombre que el mismo grillo- hada colocó tan cerca del taburete de su esposa, y que permanecía allí solo, de pie? ¿Por qué estaba tan cerca de ella, con el brazo apoyado contra el manto de la chimenea, repitiendo cons- tantemente: «¡Casada! ¡Y casada con otro que no soy yo!?»

¡Oh, Dot! ¡Oh, Dot! ¿Habrás hecho traición a tus deberes? ¡Oh! ¡no! Idea es esa que no puede tener cabida en todas las visiones de tu esposo; pero, entonces ¿por qué ha venido a abatirse en su ho- gar aquella sombra?